

CAPÍTULO III

ÉL

Cuando Margarita se presentó en el comedor, ya estaban allí los señores de Miramar, pero aún no se habían sentado á la mesa.

El almuerzo empezó silencioso.

Al fin Miramar dejó el tenedor y tomó la palabra.

— Si me prometéis no asustaros — dijo, — os contaré lo que me ha sucedido esta mañana.

— Si hemos de asustarnos — advirtió la señora de Miramar, — valdrá más que te guardes tu cuento, porque no debemos exponer á Margarita á una emoción demasiado fuerte.

— Tiene usted razón, señora mía; hablemos, pues, de otra cosa.

— No, no — dijo Margarita; — cuéntalo, cuéntalo; te prometo no asustarme.

— Niña — añadió la madre, — este caballero no se ha distinguido nunca por sus facultades narrativas, y temo que, si no nos asusta con su cuento, tampoco ha de divertirme.

— No importa — contestó la niña. — Prometo también divertirme.

— Señora — exclamó Miramar, — se encuentra usted en deplorable minoría; nuestra hija hace más justicia á mis talentos.

En honor de la verdad, Margarita no pensaba ni asus-

tarse ni divertirse con el relato de su padre, por curioso que fuese; lo que deseaba era poder entregarse á sus secretas imaginaciones, favorecida, digámoslo así, por la sombra del cuento, sin que se advirtiese la preocupación que la dominaba.

El señor de Miramar comenzó diciendo:

— No creáis que se trata de un suceso extraordinario, capaz de poner los pelos de punta; nada de eso. Es una cosa corriente, sencilla, insignificante; bastante rara, eso sí; pero que ocurre todos los días. En Madrid ocurren diariamente cosas muy singulares.

— ¡Oh, qué exordio! — exclamó la señora de Miramar con la boca llena.

— Paciencia, amiga mía — añadió el marido. — Es preciso disponer el ánimo de los oyentes, cautivando su atención antes de entrar formalmente en materia. Es una regla de elocuencia, un precepto retórico que no olvidan nunca los grandes oradores.

Dijo, y haciendo una pausa humedeció sus labios con un sorbo de Burdeos, y prosiguió de esta manera:

— Imaginaos un corro de curiosos, dentro del que disputan dos hombres decentemente vestidos; dos caballeros. Uno de ellos se mostraba airado, insolente, provocativo; tenía aire de matón. El otro, por el contrario, parecía más pacífico, más razonable, más prudente. Cuando yo llegué decía el primero: «Necesito una satisfacción, y la exijo. — La tendrá usted, decía el segundo; yo no las niego nunca. — Pues aquí está mi tarjeta — replicó el *matasiete*. — Bien, bien, gritaron algunos... — No hay necesidad de tarjeta, advirtió el otro, porque mi satisfacción es muy sencilla; está reducida á cuatro palabras, y son éstas: «Perdone usted, caballero, pues yo no he tenido intención de ofenderle.» Tan humildes palabras fueron recibidas con un murmullo de desaprobación, que quería decir: «Tiene miedo,

33856

tiene miedo.» La multitud, como siempre, se puso heroicamente de parte del más fuerte, y el matón, moviendo la cabeza con ademán triunfante, le volvió la espalda á su contrario.

—¿Y por qué disputaban?— preguntó impremeditadamente la señora de Miramar.



Paciencia, amiga mía, añadió el marido

—¡Hola!— exclamó el orador con aire satisfecho. — Parece que el cuento interesa.

Mordióse los labios la madre de Margarita, y él continuó diciendo:

— No pude averiguar el motivo de aquel altercado, nadie supo darme razón cierta del caso; creo que tropezaron al volver una esquina, y un valiente no necesita más para armar camorra. Pero aquí entra lo bueno. En el momento en que los dos contrincantes se separaban, dejó á la concurrencia con un palmo de narices, desembocó en la calle un coche arrastrado impetuosamente por un hermoso tronco *pur sang*, que en un abrir y cerrar de ojos se

nos echó encima como llovido del cielo. Hubo un instante de confusión, de terrible zozobra; yo sentí una presión circular, que me empujó en todas direcciones, y resonó un grito, que á la vez se escapó de todas las bocas: un hombre había caído delante de los caballos, que parecían prontos á aplastarle bajo sus herrados cascos. Sólo Dios podía salvarle.

Aquí hizo una pausa, deteniéndose á saborear el efecto que su narración causaba; mas viendo el gesto de desdén con que la señora de Miramar lo escuchaba y la muda ansiedad de su hija, continuó:

— No os apuréis, que todavía no he concluído. Es verdad que el momento era crítico y la catástrofe inevitable; pero he aquí que un hombre audaz se arroja de repente sobre los caballos, interponiéndose entre ellos y el que estaba en tierra. Los animales, asombrados de tan súbita aparición, se encabritaron violentamente, y el hombre, asido con entrambas manos á la cabeza de uno de ellos, elevado por el encabritamiento de los caballos, quedó suspendido en el aire. Aquello fué ver y no ver.

— ¡Qué horror!— exclamó la señora de Miramar mascando tranquilamente.

— Ahora verás, ahora verás— prorrumpió su marido con aire satisfecho.

— No quiero ver, no quiero ver— le advirtió ella, — porque pintas las cosas con colores demasiado vivos, y nos vas á regalar una descripción sangrienta, que no será, por cierto, un postre del mejor gusto.

Y dirigiéndose á su hija, añadió:

— Contentémonos, niña, con presumir que ambos serían destrozados. Es una desgracia..., pero... ¿qué le hemos de hacer nosotras?

— Te equivocas— se apresuró á decir Miramar impaciente. — Hoy estás infeliz en tus observaciones. Querida mía, no sucedió nada de eso.

Margarita se interpuso, diciendo:

— Déjalo, mamá; porque ya imagino lo que pudo suceder. Es claro, el coche se detuvo. ¿No es esto, papá?

— Tampoco, señorita, contestó el padre.

— ¿Entonces?.. — preguntaron á la vez la madre y la hija.

— Entonces — replicó Miramar con acento victorioso — el coche *retrocedió*... El que estaba en tierra pudo levantarse y huir, y el que estaba en el aire saltó gallardamente sobre la acera, en medio del asombro, de la admiración y de los aplausos de los espectadores. Todo pasó como el relámpago.

— Más vale así — observó la madre fríamente. — Pero vamos á cuentas, señor mío; ibas á contarnos lo que te había sucedido, y no veo que te haya sucedido nada.

— Otro error tuyo, querida mía. En primer lugar, todo eso ha podido sucederme; en segundo lugar, me ha sucedido en parte, pues tuve encima los caballos y me vi debajo del coche, y en tercer lugar, al desembarazarme de la gente que me rodeaba, quise saber la hora en que milagrosamente me había salvado de tan inminente peligro, y me encontré sin reloj. Mas aún no sabéis lo extraordinario, lo sublime del caso. Oído bien: el que había caído de boca delante de los caballos era el matón, el provocativo, el valiente; y el que le había salvado la vida era su contrincante, el pusilánime, el tímido, el cobarde... ¿Qué tal?

La señora de Miramar era demasiado orgullosa para darse por vencida, y murmuró con soberana indiferencia:

— No encuentro en el suceso nada de extraordinario.

— ¡Oh! Sí, mamá — exclamó Margarita. — Es un rasgo hermoso... Un rasgo heroico.

— Eso mismo decían allí todos: «¡Qué corazón!.. ¡Qué corazón!.. Y sobre todo, ¡qué puños!..»

— Daría cualquier cosa por conocer á ese hombre Si

lo encontramos en alguna parte, tú me dirás quién es.

— No te fíes, niña; tu padre no ha sido nunca fisonomista. Es capaz de confundir hasta mis propias facciones.

— Es posible — añadió el señor de Miramar bajando la cabeza, como si la sintiera oprimida por un peso abrumador. — Además, en aquella confusión me fué imposible distinguirlo bien; pero, en fin, imagínate un hombre como otro cualquiera. Sólo puedo decirte que al saltar para contener los caballos se le cayó el sombrero, y...

— ¡Dios mío!.. ¡Era calvo! — exclamó la señorita de Miramar sin poder contenerse.

— No; al contrario. De eso estoy seguro. Pero llevaba en el sombrero un pequeño ramillete de margaritas.

La señora soltó la carcajada, diciendo:

— Admirable dato, hija mía, con él te será imposible no conocerlo. Imagínate, ¡un ramillete de margaritas! Las señas son mortales.

Lo que hacía reír á la madre, había hecho palidecer á la hija.

— Os daré otro dato más preciso — añadió Miramar levantándose de la mesa; — llevaba un gabán de color de avellana.

— No es menos interesante este nuevo dato — dijo la señora. — Querido mío, eres un buen marido, lo confieso; pero no has nacido para agente de policía.

Había terminado el almuerzo, y los tres salieron del comedor. Al bajar la escalera para tomar el coche que esperaba á la puerta, Margarita iba contando los escalones; indicio probable de que pensaba en algo que le hacía bajar la cabeza.

He aquí poco más ó menos su pensamiento:

«¡Aquella carta anónima!.. ¡Aquel hombre generoso!.. ¡Aquel ramillete de margaritas!..»

O de otro modo:

«¿Serán dos?.. ¿Será uno?.. ¿Será el mismo?.. ¿Será él?»

En medio de sus confusiones averiguó una cosa, á saber: que ya no le eran indiferentes los gabanes de color de avellana.

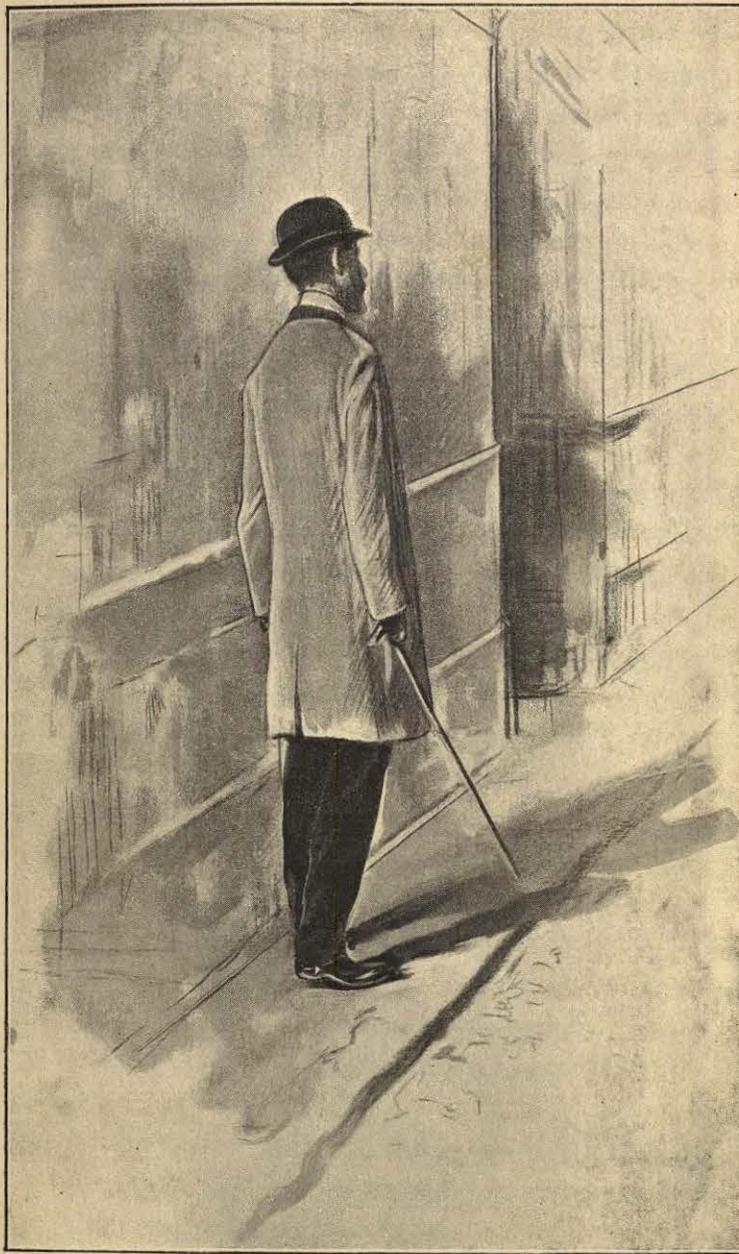
Cruzó el coche muchas calles, se detuvo delante de muchas puertas suntuosas, en las que iba dejando el lacayo las elegantes tarjetas de los señores de Miramar; y nada notable hubiera ocurrido, si de repente no brillara á los ojos de Margarita un relámpago de color de avellana. Era un gabán visto de espaldas, en el momento en que doblaba la esquina de la primera calle que se encontraba á mano derecha, siguiendo la dirección del coche. Marchaba éste avanzando hacia el lugar en donde había brillado el rayo de luz que acababa de iluminar los ojos inquietos é impacientes de la bella señorita de Miramar. Según la orden dada al lacayo, la berlina seguiría la calle adelante, dejando á la derecha la esquina, detrás de la que había desaparecido el gabán de color avellana.

Margarita tiró repentinamente del cordón sujeto al brazo del cochero, gritando *¡A la derecha!* en el instante en que, rebasada la bocacalle, no era ya tiempo de dar cómodamente la vuelta; así es que el coche se detuvo un momento y comenzó á retroceder para que los caballos pudieran entrar en la calle designada.

A los señores de Miramar, acostumbrados á los súbitos caprichos de su hija, les pareció aquello la cosa más natural del mundo y nada dijeron. Además, lo mismo les daba ir por una calle que por otra.

Mientras el coche tomaba la vuelta, Margarita veía el gabán color avellana huir delante de ella con paso majestuoso y aire gallardo. Visto de aquella manera, nada se oponía formalmente á que pudiera ser el autor de la carta,

Dentro del gabán iba un hombre, aquel hombre debía



MARCHABA ÉSTE AVANZANDO HACIA EL LUGAR EN DONDE HABÍA BRILLADO
EL RAYO DE LUZ...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

tener una cara, y aquella cara era lo que deseaba ver á toda costa. Tenía por cosa segura que había de sorprender en sus ojos el secreto del anónimo. Contaba ella con su viva y natural penetración y con el efecto imprevisto que había de causarle su presencia.

El coche entró al fin en la calle, y llegó el instante crítico. Margarita hubiera querido detener los caballos un segundo siquiera. Tenía certidumbre de que el hombre del gabán volvería la cabeza y miraría al coche, porque eso lo hace todo el mundo, y ella quería verlo bien. Ignoraba sin duda que las mujeres suelen ver mejor cuanto más rápidamente miran.

Sucedió lo que estaba previsto: al sentir á su espalda el trote de los caballos, el hombre del gabán volvió la cabeza, y sus ojos se encontraron con los ojos de Margarita. Ella no pudo resistir la mirada que el hombre le dirigía; y ahogando un grito en lo más hondo de su pecho, se refugió precipitadamente en el fondo del coche.

Los señores de Miramar no advirtieron nada.

Cuando regresó á su casa se encerró en su cuarto, poseída de un terrible mal humor... ¡Cuántas variaciones en tan pocas horas!.. Se despertó aburrida, salió de su casa meditabunda y vuelve á ella desesperada.

Marí no sabe á qué atribuir estos cambios, y resuelve la dificultad *ex cátedra* con la seguridad de un doctor consumado en la ciencia de conocer las dolencias humanas, asegurándose á sí misma que la señorita está sumamente nerviosa.

Marí hubiera jurado que al entrar en su tocador, arrojando el abanico sobre una mesa y el sombrero sobre una butaca, decía entre dientes:

«No es él, no puede ser él.»

Mas semejantes palabras en boca de la señorita de Miramar podían ser también un capricho de sus nervios

irritados. No obstante, la doncella salió del cuarto de Margarita diciéndose en voz muy baja:

— ¡Eh!.. ¡Quién será él!

¿Qué había visto nuestra hermosa heroína? No hay para qué ocultarlo; había visto una cosa terrible, inesperada, insoportable; había visto que el hombre del gabán de color de avellana era horriblemente bizco.

¡Qué cruel desengaño!.. ¡Qué se diría si llegara á traslucirse que la orgullosa señorita de Miramar había corrido inquieta, impaciente..., casi enamorada detrás de un hombre bizco!.. Semejante idea mortificaba su vanidad hasta el punto de desesperarla.

Por la tarde salió á caballo: quería correr, volar, aturdirse; quería huir de su pensamiento, quería huir de sí misma.

Hacía una tarde apacible, una de esas tardes con que el invierno suele despedirse de Madrid; tardes que se parecen á las mujeres del Mediodía en que tienen la mirada ardiente y la sonrisa fresca.

Una mujer joven y bella, y sobre todo lujosamente vestida, atrae sobre sí la atención general, haciéndose objeto de todas las miradas; á una mujer á caballo la miran hasta los ciegos.

Margarita vió en el curso de su paseo una serie interminable de caras que la miraban, y entonces comprendió que no hay nada más impertinente ni más fastidioso que una cara que nos mira, cuando no es la cara que buscamos.

Porque ya sabemos que ella llevaba en su imaginación, quizás acalorada, los contornos fantásticos de una cabeza cuyos nobles rasgos debían ser, por lo visto, los de aquel modelo que su pincel no acertaba nunca á reproducir en el lienzo. En una palabra, llevaba un hombre en su corazón, un hombre extraordinario, puesto que le era desconocido.

Alguna vez creía distinguir entre la gente que encontraba al paso rayos de color de avellana, que iban á herir sus ojos; mas hacía botar á su caballo para no verlos, para no encontrarse con aquella mirada bizca que tan cruelmente había torcido su pensamiento.

Pronto se vió seguida de una escolta de jinetes que se disputaban el honor de sus favores, y esta vez no hubo entre ellos motivo alguno de queja, porque todos quedaron iguales, no prefirió á ninguno. Las mujeres, cuando no dan con el hombre que buscan, suelen vengarse de su desgracia en los hombres que encuentran. No prefirió á ninguno..., he dicho mal, los desdeñó á todos.

Repentinamente la señorita de Miramar detuvo su caballo, que alzó las manos para contener el ímpetu de su carrera, quedando después inmóvil. La escolta hizo alto y la rodeó sorprendida.

— ¿Qué ocurre? — preguntaron.

— Ocurre que soy la mujer más fatal del mundo. Acabo de perder una joya que tenía en grande estima: una pulsera.

— ¡Una pulsera! — repitió el coro de sus adoradores.

— Sí, una pulsera reducida á un simple cordón de oro que se cierra por medio de una margarita.

Esto quería decir: «Buscadla», y todos se alejaron deseosos de obtener la sonrisa ó la mirada que había de ser el codiciado premio de tan feliz hallazgo.

Corrieron de una parte á otra, registraron, preguntaron, ofrecieron..., y todo fué inútil. ¡Infelices! Ninguno pudo encontrarla.

La señorita de Miramar no disimuló su disgusto y quiso retirarse, para lo cual saludó graciosamente, inclinando la cabeza sin mirar á ninguno, y partió á galope. Sólo su padre se atrevió á seguirla.

Se apeó de un salto al pie de la escalera, sin esperar

que le tuvieran el estribo; subió precipitadamente, y seguida de Marí entró de nuevo en su cuarto.

Al acercarse al espejo se paró sorprendida, asombrada, atónita.

Tenía delante, sobre la mesa del tocador, la *joya* que acababa de perder.

Entre la señorita y la doncella se entabló el diálogo siguiente:

— Marí, ¿qué es esto?

— No sé, señorita.

— ¿No me puso usted misma esta pulsera?

— Yo misma.

— Entonces, ¿cómo la encuentro aquí?

— Está ahí... porque la han traído.

— ¿Cuándo?

— Acaban de traerla.

— ¿Quién?

— No se sabe.

— ¿Cómo que no se sabe?

— Un hombre desconocido llegó, la entregó á Francisco y se fué.

— ¡Un hombre desconocido!..

— Pues...

— Pero ese hombre, ¿no ha dicho nada?

— Absolutamente nada.

— ¡Es muy raro esto!

— Se conoce que la señorita la ha perdido y algún amigo de la casa la ha encontrado.

— Bien; pero ese amigo, ¿por qué se oculta?

Marí no encontró á la mano respuesta satisfactoria á la perentoriedad de la pregunta y se encogió de hombros.

Y, en verdad, la respuesta que Margarita buscaba, solamente ella misma podía dársela. Así es que, después de meditar un momento, formuló el siguiente raciocinio:

«¿Quién ha podido encontrarse esta joya?»

«Cualquiera.»

«¿Quién ha podido encontrársela y devolvérmela?»

«Un amigo.»

«¿Quién ha podido encontrársela, devolvérmela y ocultarse.»

«Él..., solamente él.»

La lógica de las mujeres es terrible. Cuando quieren una cosa, se hacen á sí mismas argumentos incontestables. Dejémosla aquí entregada á la tenacidad de su pensamiento, seguros de que pronto vendrá á buscarnos.

La carta de *un desgraciado* ha caído sobre su corazón como una bomba. Han huído de él espantadas sus más risueñas ilusiones... Cree que tiene sobre sus acciones y hasta sobre su pensamiento la mirada atenta de un juez inexorable.

Los que no han oído á Tamberlick no saben lo que es el *do de pecho*, pues parece que esta nota singularísima es privilegio exclusivo de la voz poderosa del gran tenor. Quiero decir que el *do de pecho* es una cosa rara, muy rara; tan rara como un Othon entre los numismáticos, como *Tirante el Blanco* entre los bibliómanos. Es un prodigio del diapason humano. Nota repentina, inesperada, que vibra un instante y desaparece, dejando en el oído una impresión desagradable y en el ánimo un entusiasmo ardiente. Es poner el grito en el cielo, porque ahí han subido muy pocos, y más allá no subirá nadie.

En la gimnasia del canto, es el salto mortal de la voz; grito salvaje que, al estallar en la garganta, parece que quiere romper el pecho de donde sale.

El *do* de Tamberlick es una nota deslumbradora que no se puede oír cara á cara, como no se puede mirar al sol frente á frente.

Es un exceso de la voz que produce en los oídos el mismo efecto que causa en los ojos el exceso repentino de una luz inesperada.

Era la última noche que se cantaba *Otello*, y ya se sabe que lo último inspira tanto interés como lo primero: lo primero, porque empieza; lo último, porque acaba.

El teatro comenzó á llenarse contra las leyes de la gravedad; empezó á llenarse por arriba. Primero se llenó el *Paríso*, después se llenaron los palcos por asientos, luego se fueron llenando los palcos principales, y por último, se llenaron los palcos bajos, las plateas y las butacas. Parecía una cascada de gente que se derramaba en semicírculo, formando en el fondo un remanso de cabezas humanas.

Cuando Margarita apareció en su palco acababa de alzarse el telón, lo cual no fué obstáculo para que todos los gemelos y todos los ojos se volvieran hacia el palco de los señores de Miramar.

Iba vestida con suma sencillez, deseando quizá ocultarse más bien que distinguirse; ver más bien que ser vista; pero en el lujo hasta la modestia es lujo, y su presencia ofrecía á la expectación pública la agradable novedad de un encantador abandono. Era una especie de incógnito que la descubría en vez de ocultarla, y brillaba precisamente porque no aspiraba á brillar. Por lo visto, aquella noche no quería ser ella, no quería ser la misma de siempre; pretendía ser otra. Pretensión algo difícil, pues la celebridad impone también sus condiciones, y el mundo está empeñado en que Margarita ha de ser siempre la misma.

Después de una rápida ojeada, que le bastó para distinguir al primer golpe de vista los semblantes conocidos de los desconocidos, sin obligarla á saludar á nadie, cogió los gemelos, cubrió con ellos sus ojos, y los dirigió á la

escena, aunque su mirada furtiva saltaba de cabeza en cabeza y de semblante en semblante por debajo de los gemelos que le servían de pantalla.

Es muy difícil encontrar la cara de la persona que no se conoce; pero vaya usted á convencer de esto á una niña mimada, que se empeña en creer que lleva en el pensamiento el retrato del original que busca.

En el segundo acto Margarita cambió de posición, para extender y completar sus cautas investigaciones. Algunos movimientos bruscos, mal reprimidos, revelaban de vez en cuando los desengaños que experimentaban sus ojos inquietos. Creía ver algo, miraba mejor y no veía nada.

Se hallaba á punto de concluir el segundo acto, y la señorita de Miramar á punto de desesperarse. Era aquél, en la historia de su vida, un día lleno de contrariedades; por primera vez su voluntad tropezaba con obstáculos que parecían invencibles, y esto mismo aumentaba en ella el impaciente deseo de descifrar el enigma cuyo misterio espacia en su alma insondables obscuridades.

Veíase en medio de las butacas una que se hallaba desocupada toda la noche, cosa notable en una función en que el público se había disputado las localidades con verdadero encarnizamiento. Margarita reparó en ella; pero ¿qué podía encontrar en una butaca vacía, cuando no encontraba nada en tantas butacas llenas?..

Cayó el telón como debe caer en todo espectáculo dramático, cortando los sucesos en el punto culminante del interés, para dejar los ánimos suspensos.

Tamberlick arrebató en la escena de los celos, y el *do de pecho*, semejante á un puñal, se había clavado dos veces agudo y brillante en los oídos del público, como si anunciara la tremenda catástrofe del acto siguiente.

Durante el entreacto volvió Margarita á coger sus ge-

melos y á levantarlos en todas direcciones con creciente impaciencia.

Casualmente descubrió en un palco principal á la baronesa de C..., que solícita la saludaba con su abanico. Qui-so responder á tan afectuoso saludo...; mas... por inadvertencia ó por precipitación, en vez del abanico cogió el pañuelo, y... ¿qué hacer?.. Era preciso saludar sin pérdida de tiempo, y lo hizo agitando tres veces su pañuelo, *como quien despide á un amigo que se va para siempre...*

Después abandonó los gemelos, se recostó en su asiento y respiró con ansia; parecía que se le quitaba un gran peso de encima.

¡Qué dichosas son las mujeres cuando hacen lo que quieren sin querer hacerlo!

Pasó el entreacto, porque todo pasa en el mundo, y empezó el último acto, el acto de la catástrofe.

El palco de las señoras de Miramar era un palco contiguo al proscenio, y Margarita se hallaba de modo que tenía la escena á la derecha y el público delante. Excelente posición para ver sin mirar.

Pronto advirtió que la butaca vacía estaba llena. Esta circunstancia llamó su atención, y fijándose en la persona que la ocupaba, descubrió inmediatamente el fondo negro de un frac, *no mal cortado*, y en aquella parte de la solapa que cae sobre el corazón vió clara y distintamente las sencillas hojas de una margarita.

No pudo contener una exclamación, que medio ahogó en su garganta. Miró más atentamente y distinguió una cabeza varonil, un semblante noble, una expresión enérgica y dulce, una mirada franca y una sonrisa fina.

¡Era él, era él!

¿Correspondía exactamente el original con el retrato que llevaba ella en su imaginación? Preciso es confesar

que no. Hubo necesidad de hacer algunas rectificaciones de meros detalles que no alteraban la semejanza del conjunto. ¿Qué pintor no corrige sus bocetos?..

De todos modos, conviene tener presente que esta última edición de su pensamiento salió corregida y aumentada.

Pero... ¿y su nombre?.. Lo ignoraba... Al verlo por primera vez, advirtió que era para ella una persona desconocida, mas llevaba la nobleza en el semblante, y no necesitaba saber más. ¿Qué había de importarle su nombre?.. Ya tiene uno... Se llama ÉL, nombre misterioso que ella sola conoce, que ella sola entiende.

Sin embargo, Margarita volvió á su casa afligida y despechada.

Aquel hombre tan franco, tan noble, tan generoso y, preciso es decirlo, tan enamorado, no había vuelto ni una sola vez la cabeza. La señorita de Miramar tenía certidumbre de ello. Ni una sola vez había fijado los ojos en el palco de Margarita; ni se dejó ver en los pasillos, ni siquiera se hizo presente bajo los macizos arcos del pórtico, donde las señoras toman sus coches.

Para cualquier mujer, semejante indiferencia habría sido un agudo alfilerazo en su vanidad; para Margarita debió ser una puñalada dirigida á su orgullo.

Su corazón quería amarle, su despecho quería aborrecerle, su amor propio ofendido quería humillarle.

Aquella noche soñó una venganza terrible... Venganza de mujer ofendida.

Soñaba con la idea de provocarlo á un duelo á muerte, en que lo había de herir con la doble espada de su desdén y de su belleza.

Soñó que entraba á sangre y fuego en aquel corazón imperioso. Se soñó á sí misma resplandeciente de hermosura, radiante de fausto, vencedora é invencible.

Lo veía á sus pies vencido, subyugado por el imperio de su gloria.

— ¡Oh, qué triunfo!

Este sueño de su soberbia, ¿iría á convertirse en realidad?..

Ahora lo veremos.

CAPÍTULO IV

UN BAILE

Si el embajador de la Gran Bretaña se había propuesto dar á la buena sociedad de Madrid una fiesta espléndida, justo es decir que la buena sociedad, por su parte, se había propuesto hacerla más fastuosa con su presencia y con su lujo.

Y el caso es que los políticos más sagaces miraban de reojo este suceso, que les parecía inmotivado, que no tenía causa aparente ni pretexto admisible; y como los ingleses todo lo hacen con su cuenta y razón, se empeñaban en que había de ocultarse en ello algún manejo diplomático de la astuta Inglaterra. Creían, por lo menos, que se proponía disputar á Francia la influencia decisiva en nuestros negocios, atrayendo á los salones de la embajada, por medio de suntuosas fiestas, á la flor y la nata de la sociedad madrileña; y de aquí los temores de unos, las esperanzas de otros y la agitación de todos.

Bien podía ser una mera excentricidad del honorable *Sir*, ó una intriga casera de la espiritual embajadora; pero admítase tan racional hipótesis, y ¡adiós perspicacia de los hombres de Estado!.. No debe perderse de vista que el *Times*, que imprime y publica cuanto se le paga, había anunciado la fiesta pomposamente; y no se extrañará que los estadistas de corrillo y los políticos de café temieran ó esperaran un cambio de ministerio ó un nuevo rumbo